

REPORTAJE: Paisajes de guerra con Chechenia al fondo / 1

"Adiós a tí, del ruso sucia patria"

Con el derrumbe de la URSS y la nueva proclamación de la independencia chechena, la historia reitera sus ciclos

Juan Goytisolo

EL PAÍS - Internacional - 01-07-1996

La historia de la implantación rusa en Chechenia y sus altibajos durante casi dos siglos ha originado una bibliografía escasa en cuanto al número de publicaciones, pero de gran calidad. En la primera obra de referencia sobre el tema, *The Russian Con quest of Caucasus*, J.F. Baddeley expone de forma pormenorizada las distintas etapas de la expansión zarista hacia el sur y las atrocidades de la guerra colonial contra los montañeses islamizados una centuria antes. El general Yermólov, comandante en jefe del ejército imperial entre 1816 y 1827 -y cuya, estatua presidía la plaza mayor de Grozni hasta su derribo en 1990-, se había propuesto, como el exministro de Defensa, Pável Grachov, la eliminación pura y simple de los "bandidos chechenos". La resistencia tenaz de los pueblos montañeses, vertebrada por las cofradías sufís - especialmente la Nakchbandía y la Kadiría-, se extiende desde la segunda década del siglo XIX a 1859, fecha de la derrota y exilio a Turquía del imam Shamil. Los *murids* o miembros de las cofradías, descritos por militares, funciona rios y cronistas de la época en términos muy similares a los de los portavoces y cortesanos del "demócrata" Borís Yeltsin, lucharon con porfía por su independencia y sufrieron ya los devastadores efectos de la estrategia de "tierra quemada" aplica da hoy sin rebozo por los amos del Kremlin. Otro libro de gran interés, *Le soufi et le commissaire*, de Alexandre Benningsen, traza por su parte un cuadro exhaustivo de los *turuk* (plural de *tarika*, cofradía) que aglutinan y encarnan la voluntad de supervivencia de un pueblo de un millón y pico de almas enfrentado a un enemigo infinitamente superior. El conocimiento cabal del terreno por los chechenos, espíritu de sacrificio, culto al *yigit* (bravura) y práctica colectiva del *zikr* -preces colectivas y bailes extáticos que tanto, sorprenden e inquietan al invasor- les permitieron sobrevivir y preservar su, identidad, alternando la guerra santa con el *ketmán* -disimulo y sumisión aparente- a la espera de las circunstancias propicias al retorno a la primera, como acaeció tras la Revolución de 1917, cuando proclamaron la independencia del Emirato del Norte del Cáucaso bajo la autoridad de un viejo imam *nakchbandi*.

Aunque la rebelión fue finalmente aplastada en 1924, los *murids* extendieron su influencia a los pueblos vecinos de Ingusetia y Daguestán, y su guerrilla antisoviética, pese a la destrucción, sistemática de "nidos de bandidos" y ejecución de sus jefes, se

prolongó hasta las grandes purgas del 36 y la posterior invasión nazi, con la subsiguiente deportación de la totalidad del pueblo checheno a Asia

Las guerras del Cáucaso del siglo XIX -la del imam Shamil y la que le sucedió entre 1864 y 1877, encabezada por el "guía" *kadiri* Kunta Haxi- tuvieron un efecto desastroso en el interior de la sociedad rusa: como la invasión de Afganistán un siglo más tarde, provocaron el descontento del pueblo llano, cansado de enviar a sus hijos al matadero, y sembraron un espíritu de duda y autocrítica en una pequeña pero selecta minoría de oficiales y soldados que participaron en ellas. La creación del cuerpo paramilitar cosaco frente a los "bandidos chechenos" fue un expediente ideado por los mandos zaristas para evitar las consecuencias peligrosas del cansancio y derrotismo de la población. Después de la audaz incursión de Shamil Basáiev en Budenovsk en junio de 1995, asistimos a una rehabilitación y reactivación de dicho cuerpo, impregnado de una mística tradicionalista y odio a los pueblos caucásicos, abolido por los soviéticos por su colaboración con los rusos blancos durante la guerra civil.

Con el derrumbe de la URSS y la nueva proclamación de la independencia chechena por el general Dudáiev, la historia reitera sus ciclos: el pasado vuelve a ser presente, sin que sus amargas lecciones se asimilen. Si un responsable de la política de "pacificación" de Chechenia declaraba en 1834 "lo único que se puede hacer con este pueblo es borrarlo de la faz de la tierra", las recientes palabras de Borís Yeltsin, "hay que exterminarlos [a los "bandidos"] como a perros rabiosos", prueban el arraigo secular de unos clichés mortíferos entre un amplio sector del nacionalismo y paneslavismo rusos, para el que "un checheno sólo puede matar; y si no es capaz de matar, es bandido y atraca; y si no es capaz de esto, roba; y si no, entonces no es checheno" (véanse las declaraciones del general Barsukov, uno de los favoritos de Yeltsin, recogidas por el corresponsal de EL PAÍS el 21 de enero de 1996). Inútil añadir que el uso y abuso de ese lenguaje prefigura de forma ominosa el recurso a la limpieza final".

La desventurada epopeya de los montañeses atrajo la atención y simpatías de algunos escritores rusos del XIX. En su juventud, habían partido voluntarios, por afán de aventura, o fueron enviados de modo forzoso a "pacificar" el Cáucaso y adquirieron allí un conocimiento directo de los hechos y del ánimo combativo de los presuntos pacificados". Entre los testimonios más o menos novelados, destacan los de dos grandes maestros: Mijaíl Lérmontov (1814-1841) y León Tolstoi (1828-1910). Los sucesos evocados en sus relatos ofrecen un cuadro muy vivo de sus prejuicios, emociones, simpatías, admiración por el enemigo, esto es, de los sentimientos contrapuestos que generaron en sus autores. La rebeldía romántica de Lérmontov contra el autoritarismo ruso distaba mucho de la actitud más reflexiva, y por ello más eficaz y demoledora, desde la atalaya retrospectiva del viejo Tolstoi.

En la breve narración titulada *Bela*, primer capítulo de su novela *Un héroe de nuestro tiempo*, Lérmontov luce un conocimiento aproximativo de las tierras recién incorporadas al imperio y las leyendas caballerescas de sus habitantes, motea su prosa -como Tolstoi- de vocablos y frases de las lenguas caucásicas -procedentes en gran parte del turco y el árabe- y diferencia cuidadosamente los diversos componentes

étnicos de la región: no sólo chechenos, sino también osetinos, cherkeses, kalabardinos, tártaros, sometidos ya al conquistador ruso o exiliados al territorio otomano. La trama de *Bela* se urde en torno al diálogo del narrador y un veterano de las guerras caucásicas que, al abrigo de una tosca y primitiva posada, le refiere a tropezones la historia del rapto de Bela por Pechorin, héroe del relato, y el final dramático de la aventura de ambos, resuelta a balazos conforme al código de honor tribal. Muchos de los ingredientes de este capítulo evocan, en el lector español los de la novela morisca, *Las guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, o el *Tuzani de la Alpujarra*, de Calderón: a horcajadas del desprecio e idealización del enemigo, con un fondo de exotismo oriental o moruno y un homenaje implícito a la temeridad y entereza de un pueblo vencido por el saber y las armas del "civilizador".

El personaje del veterano usa de un lenguaje ya troquelado al referirse a los chechenos y demás pueblos rebeldes: "Unos bandoleros y unos descamisados" que tienden emboscadas al ejército y "nos las hacen pasar negras", pues uno nunca sabe, dice, si al amparo de la fragosidad del terreno tiene a "algún demonio greñudo de éstos acechándole". Si va a decir verdad, el viejo milite sirve al propósito del poeta de expresar el punto de vista, habitual de sus compatriotas con respecto al enemigo "asiático", a la manera de ciertos personajes cervantinos erigidos en portavoces de la opinión común cristiana vieja:

"Estos asiáticos son de lo más astuto. ¿Usted cree que azuzan a los bueyes con sus gritos? ¿Y cómo diablos sabe lo que gritan? En cambio, los bueyes sí les entienden. Si quiere, puede usted mandar que enganchen 10 yuntas; pero, mientras griten a los bueyes en su lengua, no se moverán de sitio... Son unos bribones tremendos. Y, ¿qué puede hacer uno?...

Les gusta rebañar los cuartos a los viajeros. Nosotros mismos hemos acostumbrado mal a estos tunantes. Ya verá cómo todavía le piden para vodka. Yo los conozco muy bien. A mí no me engañan".

No obstante la evaluación negativa -hermana gemela de la de muchos rusos de hoy-, el veterano no alcanza a ocultar su asombro ante el arrojo y ánimo guerrero de los rebeldes:

"Son unos bandoleros duros de pelar. He visto a algunos en acción, y los hay que, acribillados a bayonetazos, todavía arremeten con su sable".

Obviamente, el baqueteado militar no se plantea las razones del heroísmo suicida de los *murids* del imam. Shamil. Y Lermontov, tampoco. Los tiempos que corrían no favorecían esa clase de preguntas. Mas, para conocer el estado de ánimo del gran poeta será mejor dejar de lado su canción de cuna cosaca y la referencia tópica al "malvado checheno" y detenerse en la sobrecogedora maldición y conjuro a la madrastra patria: una composición que cautiva y avasalla al lector de ayer y de hoy sacudido por la violencia de Lermontov contra la esclavitud de cuerpos y almas impuesta por la sempiterna tradición autoritaria rusa:

"Adiós a ti, del ruso sucia patria, Nación de encomenderos y de esclavos, Adiós a esas guerreras azuladas, Adiós al pueblo por ellas maniatado.ç

Quizá yo, tras el Cáucaso erguido, Esconderme podré de tus tiranos, De su ojo, que todo lo contempla, De su oído, que nada escucha en vano".

(Versión de Antonio Pérez-Ramos).

Los relatos y testimonios de los movilizados por una patria "sucia", publicados en la frágil y amenazada prensa independiente rusa, rebosan de idéntica amargura y saña. La terapéutica sufrida por el país tras el desplome de la URSS y su conversión a fuerza de alcaldadas y estratagemas matreras a los "valores democráticos y de economía de mercado" ha significado, en corto y por derecho, el hundimiento de todos los sueños, la confiscación del poder vacante por camarillas y taifas, hundimiento del nivel de vida por una inflación galopante, caída vertical de la producción, especulación sin trabas, estampas de dickensiana miseria, borrachos de extremidades amputadas por congelación, ancianos despojados de sus viviendas, gansterismo, behetría, rivalidad de mafias. Cuanto ha surgido tras las efímeras esperanzas de cambio y la reducción de las libertades públicas a las de un casino de juego de *apparátchiki* de siete vidas y falsos empresarios de la "escuela de Chicago" con inquietantes guardaespaldas que sí lo son, ha quebrantado la moral ciudadana y puesto a Rusia al borde del abismo. Muchos jóvenes apostrofán como Lermontov a los esclavos y cortesanos del déspota y maldicen las guerreras del ejército y la policía, de distinto color mas de arbitrariedad idéntica. La Rusia del fin del milenio recuerda en muchos aspectos a la sometida en el pasado siglo a los encomenderos del *ucase* imperial. ¿Qué temible redentor o mesías aparecerá para salvarla?

REPORTAJE: Paisajes de guerra con Chechenia al fondo /2

Tolstoi y la guerra del Cáucaso

El autor compara el conflicto checheno con la situación que el escritor ruso vivió y retrató en 'Haxi Murad'

JUAN GOYTISOLO

EL PAÍS - Internacional - 02-07-1996

León Tolstoi vivió la guerra del Cáucaso entre 1851 y 1853 como funcionario estatal y oficial de artillería. El calado y perennidad de esta experiencia se mide en la narración que empezó a redactar al cabo de más de cuatro décadas aun a sabiendas de que nunca sería aprobada por la censura. El lapso de decantación de sus ideas y emociones primerizas le permitió ahondar en el conocimiento histórico de los hechos, tras la segunda e igualmente sangrienta "pacificación" de Chechenia. Obra madurada, compuesta y corregida a saltos durante la vejez del autor, *Haxi Murad* no vio la luz sino después de su muerte. La primera edición rusa de 1912 sufrió aún de los tijeretazos y costurones de los celosos cirujanos de ideas: el texto íntegro tuvo que ser publicado en Berlín. Para quien haya seguido con atención los acontecimientos de Chechenia desde la proclamación de la independencia por general Dzhojar Dudáiev hasta la intervención militar "por unas horas" en diciembre de 1994 y la nueva interminable "pacificación", un recorrido de las páginas del relato es sumamente esclareedor: genera una visión en profundidad de los hechos que lee diariamente en la prensa y éstos a su vez impregnan la lectura de la obra de una pugnaz y dolorosa impresión de actualidad.

En torno a la seductora y contradictoria figura de Haxi Murad, lugarteniente del imam Shamil -cuya fugaz deserción a los rusos y muerte a manos de ellos tras una frustrada tentativa de evasión se funda en un caso real, avalado por fuentes históricas Tolstoi traza un cuadro sobrio, sin concesión patrioterica alguna, de la conquista rusa del Cáucaso. La brutalidad de la represión zarista frente a la resistencia coriácea de los chechenos, las rivalidades en los círculos del poder y sus tácticas contradictorias, el triunfalismo grotesco, incompetencia de los mandos y corrupción de sus jefes y oficiales son descritos a vuela pluma pero sin piedad. Así, nos enteramos de que la brillante hazaña del ejército ruso" celebrada en la prensa es en realidad una emboscada chechena en la que perecieron decenas de soldados, caídos heroicamente "en defensa del Zar, la Patria y la Fe Ortodoxa". Mientras hilvana la bella narración de la entrega y cautiverio dorado del héroe, el autor califica de pasada a los militares, por boca de uno de ellos, de ladrones y salteadores", capaces de vender sus armas a los rebeldes para pagar sus deudas de juego; menciona la existencia de oficiales que se

apropian del dinero destinado a la tropa y de un coronel amenazado de consejo de guerra por malversación en el suministro del regimiento; señala los estragos del vodka y desfalcos de los responsables de intendencia; esboza un cuadro burlesco y sombrío de la pirámide de corrupción general reinante desde la base a la cima. Como Yeltsin, el gran Nicolás I estaba convencido de que en esta "pirámide del funcionariado montado sobre el pueblo y contra el pueblo", descrita gráficamente hoy por Serguéi Kovaliov, todo el mundo robaba. "Sabía que era indispensable castigar a los cohechadores y ladrones pero igualmente que ello no impediría hacer exactamente lo mismo a quienes vinieran a reemplazarlos. Lo propio de los funcionarios era robar, su deber de zar sancionarlos y, por fastidioso que fuere, cumplía de modo cabal con su cometido ¿Puede hallarse una descripción más ajustada en su sobrecogedora continuada la que nos procuran hoy los corresponsales extranjeros acreditados en Moscú y los órganos de la prensa independiente rusa no acallados todavía por la censura del nuevo zar?

La audiencia de Nicolás I a su ministro de Guerra Chemishov -¡cualquier semejanza con Pável Grachov o el inefable Mijaíl Barsukov es simple coincidencia!- da a Tolstoi la oportunidad de recrear la atmósfera de rastrera y rahez adulación que rodea al autarca: el valor de sus consejeros y hombres de confianza se mide, como ahora, por el grado de inclinación del espinazo en sus reverencias y la obediencia ciega a sus órdenes contradictorias y versátiles. De nuevo, el lector cree vivir escenas representadas por actores contemporáneos: vagarosas promesas de paz de cara al buen pueblo entreveradas de proclamas exterminadoras, según los humores del déspota.

"El servilismo de su séquito -continuo, manifiesto, y contrario a la evidencia- le llevaba al extremo de no ver sus propias contradicciones, de no cotejar sus actos y palabras con la realidad, con la lógica y ni siquiera con el sentido común; y estaba plenamente convencido de que todas sus disposiciones, tan insensatas, injustas y opuestas entre sí, resultaban sensatas, justas y equilibradas porque eran suyas".

El programa de Nicolás I -arrasar viviendas, destruir cosechas y hostigar sin tregua a los bandidos- se cumple al pie de la letra:

"En la aldea no quedaba un solo habitante. Los soldados tenían órdenes de prender fuego al trigo, al heno e incluso a las *saklias* [casas]. Un humo ocre se extendía por todo el poblado y, envueltos en él, los soldados se apoderaban de cuanto encontraban en las viviendas, atrapaban y mataban a tiros a las gallinas que los montañeses no pudieron llevar consigo".

Mejor informado que Mijaíl Lérmontov sobre la índole religioso-patriótica de la resistencia chechena, Tolstoi refiere con pinceladas precisas el proselitismo de los *murids* y su prédica del *gazauet* o guerra santa en las aldeas del vecino Daguestán pero, curiosamente, no señala su adhesión a los principios y reglas de la vasta y aún indemne cofradía *nakshbandía* cuyo guía era Shamil. La semblanza que bosqueja de éste no tiene nada de lisonjera: su autoritarismo, como el del general Dudáiev 140 años más tarde, alimentaba el descontento de un sector de su pueblo y favorecía deserciones como la del héroe de la narración mas su condición de jefe espiritual y su

estricta aplicación de la *sharia* aglutinaban a su alrededor a todos los montañeses reacios a la lógica imperial y los beneficios del progreso del "civilizador" ruso. Los "criminales, mafiosos, terroristas y asesinos" denunciados regularmente por Yeltsin y Grachov -a quienes habrá que extirpar "como un tumor canceroso" con bombardeos aéreos masivos, lanzamisiles de cohetes múltiples, machaqueo artillero, tácticas de "tierra quemada" y asaltos de los cuerpos de élite- son los descendientes de estos chechenos admirablemente retratados por la pluma justiciera de Tolstoi:

"Los ancianos se habían reunido en la plaza y, sentados en cuclillas, juzgaban la situación. Nadie hablaba de odio a los rusos. Lo que sentían los chechenos, chicos y grandes, era algo más fuerte que el odio. No odio, sino asco, repulsión, perplejidad ante esos perros rusos y su necia crueldad, y el deseo de exterminarlos como se exterminan las ratas, las arañas venenosas y los lobos, un sentimiento, en fin, tan natural como el instinto de conservación".

La indignación moral de personalidades como Serguéi Kovaliov, ex jefe de la Comisión de Derechos Humanos adscrita a la Presidencia, de Yelena Bonner, viuda de Sájarov, y de numerosos intelectuales y demócratas puede prevalecer así de la indiscutible autoridad de Tolstoi y su influencia perdurable en el pueblo ruso. *Haxi Murad* no cae en modo alguno en el catálogo de los panfletos denunciadores de los atropellos del colonialismo; es una excelente narración, sutil y matizada, que brinda la palabra a los diferentes protagonistas del conflicto: a opresores y oprimidos, a oficiales seducidos por la vida y costumbres primitivas del Cáucaso -como Butler, probablemente un alter ego del autor- y a personajes llenos de recovecos y casi indescifrables como el que da título al libro. La balada cantada a Haxi Murad por uno de sus fieles, con su leve y punzante invocación a la muerte, constituye uno de los pasajes más conmovedores de esta obra breve, pero de rica enjundia.

Con la revolución de 1917, los chechenos se acogieron a las promesas liberadoras de Lenin a los pueblos sometidos al yugo zarista. Mas el Emirato del Norte del Cáucaso fue pronto denunciado, combatido y aplastado como en tiempos de Shamil y Kunta Haxi. Desde 1924, la lucha contra los "bandidos" y "fanáticos", apenas mencionada en la prensa, prosiguió de manera implacable hasta mediados de la siguiente década. No hay testimonio literario de ella: sólo escritos de propaganda oficial y documentos internos del Ejército y los organismos de Seguridad. Tras la deportación masiva de los chechenos a Kazajstán el 23 de febrero de 1944, tenemos noticia de ellos gracias a las páginas de Solzhenitsin en el tercer volumen del *Archipiélago gulag*. La experiencia compartida de los campos plasmó en un retrato admirativo de este pueblo caucásico unido en la adversidad y aguerrido en más de un siglo de luchas, no obstante su descripción cruda de las costumbres clánicas y la venganza de honor familiar que treinta años de soviétización no alcanzaron a desarraigar:

"Pero había una nación [en el gulag] que nunca cedió, nunca adoptó el hábito mental de la sumisión -no sólo un puñado de rebeldes sino la nación de cabo a rabo- Me refiero a los chechenos... [Éstos] nunca buscaron agradar, congraciarse con, los jefes; su actitud era altiva y, en verdad, abiertamente hostil. [...] Una cosa extraordinaria merece ser señalada. Nadie podía impedirles vivir como vivían. El régimen que había

gobernado la tierra durante tres décadas no podía forzarles a respetar sus leyes".

Tras el regreso al Cáucaso en la era de Jruschov, las ascuas del fuego independentista permanecieron cubiertas de cenizas: un largo periodo de *ketmán* en el que los *sufís kadirís* mantuvieron sus estructuras secretas intactas. Hoy, el incendio se propaga y la necia crueldad de la historia se repite. Los Shamil Basáiev, Salman Radúiev, lobos solitarios y nietos del imam Shamil, parecen arrancados de las páginas de Lérmontov y Tolstoi. También los asaltos al "nido de bandidos" de Dudálev suenan familiarmente en nuestros oídos: se trata de la aldea de Vedenó, bastión y refugio del imam Shamil.

La obra de Tolstoi se abre y se cierra con la minuciosa descripción de un cardo silvestre de flores de color frambuesa. El empeño del narrador en cortarlas y agavillarlas en un ramillete se revela arduo e inútil. El tallo espinoso pincha como un erizo, su fibra es correosa y dura y las tentativas de descabezarlo concluyen en fiasco. "Lamentando haber destruido una flor tan hermosa, la tiré. ¡Pero qué fortaleza, qué energía vital!, me dije al evocar el esfuerzo que me había costado arrancarla. ¡Cómo se defiende y cuán cara ha vendido su vida!", escribe.

La mata de cardo tronchada, con muñones de brazos mutilados, tallos rotos y flores ennegrecidas, aplastada por el peso de un carro, es la primera imagen que viene a las mientes del viajero que pone los pies en Chechenia: mas el cardo ha vuelto a alzarse y, aunque lisiado y maltrecho, se mantiene erecto. Como observó agudamente Tolstoi, su savia no se rinde.

REPORTAJE: Paisajes de guerra con Chechenia al fondo /3

El zar Boris

El autor encuentra paralelos y similitudes entre el 'demócrata' Yeltsin y los líderes serbios

JUAN GOYTISOLO

EL PAÍS - Internacional - 03-07-1996

A la salida del aeropuerto internacional de Moscú, la transformación veloz del paisaje urbano en el lapso de los últimos cinco años desorienta hasta el aturdimiento. En la nueva autopista que conduce a la capital, anuncios de Stella Artois y Marlboro clavados en las farolas dan la bienvenida al viajero. Pronto les sucederán los de Fuji, Lucky Strike, Sanisung, Campari, Camel y otros productos rusos y occidentales. Pero, conforme el taxi se interna en la ciudad, su publicidad es eclipsada por carteles inmensos, ubicuos, plantados a lo largo de paseos y avenidas. Borís Yeltsin, impecablemente vestido de estadista, estrecha la mano del popular y populista alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov, que ha limpiado eficazmente el centro de la ciudad de indeseables y mendigos, reducido la inseguridad callejera sin tocar un pelo a la mafia, controlado con mano férrea a los habitantes de origen caucásico, edificado grandes bloques de viviendas de clase media y completado el flamante anillo de autopistas que rodea la capital. Las siluetas del presidente y el alcalde, sobreimpresas en un fondo de murallas del Kremlin y cúpulas de iglesias doradas, se revisten así del respeto e imantación del símbolo del poder absoluto y de una Iglesia nacional, fiel servidora durante siglos de la aristocracia y expansión imperial de los zares. Los cuadros de miseria de 1990 son menos visibles: el alcalde la ha barrido bajo la alfombra. Ahora, el 80% de la población rusa caída en la pobreza desmedra en la inmensa periferia de industrias desmanteladas y fábricas en ruina. Con todo, los contrastes brutales subsisten: los ex grandes almacenes estatales *Gum*, en la Plaza Roja, han sido colonizados por los perfumes franceses y United Colors of Benetton. Sus clientes evocan a menudo los de cualquier ciudad occidental. Ejecutivos rusos con su correspondiente maletín negro imitan la indumentaria de sus colegas norteamericanos, mas su traza y modales de nuevos libres y nuevos ricos delatan la bisoñez de su status: como las muchachas que recorren las arterias del centro, copian los ademanes y gestos de los modelos retratados en *Cosmopolitan* aunque sin soltar aún del todo el pelo de la dehesa: son los *nuevos rusos*. Horas más tarde, les atisbaré en la pantalla disfrazados de jugadores de tenis, con los atributos del jugador de golf, sudorosos y torpes, a manotazo limpio con sus raquetas o dando palos de ciego a la bola a escasos metros del hoyo elusivo y burlón que cifra sus ansias de encumbramiento y respetabilidad. Como escribía el general Alexandr Lébed, uno de

los candidatos a la elección presidencial, antes de su reciente investidura de delfín por Yeltsin para asegurarse la victoria en la segunda vuelta de los comicios: "En Rusia hay prácticamente dos gobiernos. Uno con un presidente envejecido [...] y otro de estructura totalmente distinta, más duro, más resuelto. Tenemos millones de indigentes con pensiones miserrimas y ninguna compensación por su vida de trabajo. Pero los criminales viven con sus Mercedes, sus villas, sus vacaciones en Canarias. El Gobierno cobra impuestos a los hombres de negocios y la mafia percibe también su parte de cuantos no quieren saltar con su automóvil por los aires [...] ¿Cómo puede una persona honesta sobrevivir en un país así?". (*The Moscow Times*, 1 de junio de 1996).

Pasar del vestíbulo y salones del hotel M -con sus huéspedes extranjeros y rusos asociados en la compra voraz de ruinosas empresas estatales, mesas y tresillos ocupados por llamativos guardaespaldas y conciertos de música de cámara ejecutados por un cuarteto de pelucas níveas y trajes dieciochescos- al bullicio y agitación de los jardines y espacios aledaños a la vecina estación de metro sobrecoge a quienes visitaron la capital en los gloriosos y ya remotos tiempos de la "construcción del socialismo".

Al atardecer de los largos días del verano ruso, los jubilados víctimas de su reconversión a la economía de mercado y desplome vertiginoso del rublo se alinean a escasa distancia de la Plaza Roja con su heteróclito muestrario de mercancías. En línea recta con disciplina casi cuartelera, como en los buenos tiempos de la patria soviética.

Si alguno se adelanta y rompe la fila, un cabo improvisado, astroso como él, le llama inmediatamente al orden. La escena me recuerda un episodio de la primera y más bella novela de Solzhenitsin. Abuelas, viejos con patéticas condecoraciones de héroes del trabajo, funcionarios venidos a menos, mujeres flacas con calcetines gruesos y zapatillas, jóvenes de apariencia enfermiza ofrecen al viandante bolsas de plástico, una litrona gigante de Pepsi-Cola, botellas de un líquido sospechoso e indefinido, vodka barato, pan, cigarrillos, marcados con el signo indeleble de la decrepitud y desdicha, con el rencor y amargura adheridos al rostro.

Un poco más lejos, vendedores callejeros pregonan periódicos y revistas con retratos de Stalin, publicaciones y folletos nacionalistas y antisemitas. Varios corros discuten acaloradamente de política, comparan los "méritos" respectivos de las candidaturas de Zhirinovski y Ziugánov. Bajo el arco que introduce a la plaza, mujeres con crucifijos colgados del cuello se santiguan y pasan el cepillo de las limosnas. Algunos feligreses, guiados por un pope, pasan frente a las nuevas iglesias reconstruidas frente a las murallas del Kremlin y el clausurado mausoleo del Padre de la Revolución.

De vuelta al hotel, sigo las incidencias de la campaña electoral en los informativos de la televisión rusa. Mientras los demás candidatos aparecen fugazmente, cronometrados con cicatería, el Zar Borís goza de un tratamiento magnánimo, atento y adulador. Sucesivamente le admiro bailando, fianqueado de guardaespaldas, con una preciosa niña rubia vestida con un traje folclórico; en su papel de bondadoso autarca o Papá Noel, prometiendo miríficos aumentos de pensiones y salarios atrasados a

empleados y obreros; de pronto, con sus ojos aviesos y cara de malas pulgas arengando a una audiencia de militares; en un concierto juvenil de rock, contoneándose con la gracia alígera de un Jesús Gil en medio de un grupo de hinchas. Permanezco al acecho del broche final (*¿El lago de los cisnes*, en émulo de Nureiev?) mas el sueño me vence y me quedo con las ganas.

El vilipendio y difamación del futuro reo, elemento clave de la propaganda ultranacionalista serbia para justificar el genocidio de los musulmanes, ha sido utilizado hasta el paroxismo por Yeltsin y sus asesores, como chivo expiatorio de su desastrosa política económica, gansterización de la sociedad y hundimiento de la mayoría del pueblo ruso en abismos de miseria física y moral que traen a las mentes los descritos por Dostoievski y Gorki. La definición del checheno como "bandido", "criminal" y "mafioso" justifica las atrocidades de una guerra de exterminio contra un pueblo que acumula tanta abyección e infamia. Como escribía recientemente el periodista Yevgueni Ijlov: "A la sociedad rusa [...] se le ha ofrecido en bandeja, en el momento oportuno, un adversario ideal, compuesto de mafia caucásica y 'fundamentalismo islámico'. Una confrontación entre 'rusos' y 'caucásicos', sin la menor propuesta de diálogo cultural entre ambos, conduce así a una conclusión rápida: la de que desaparezcan [los otros] de nuestra vista".

La receta de Milosevic y sus compadres serbobosnios de "volver sospechosa a la víctima, empañar su imagen, construir una figura de enemigo lo suficientemente turbia como para asegurar el reposo moral del testigo lejano" es en efecto -como han observado muy bien Véronique Nahoum-Grappo e Yves Cahen-, la de Yeltsin y Grachov. Occidente, escaldado por el rumbo de los acontecimientos en Afganistán y erróneamente convencido de la necesidad de preservar las "conquistas democráticas" del presidente ruso hacia una economía de mercado, no interviene ni intervendrá. Nadie o casi nadie reaccionará como el personaje de Tolstoi, Marya Dmitrievna, cuando apostrofa a sus paisanos después de una operación de *limpieza* contra los "forejidos" del imam Shamil en la novela antecitada. "¿Qué guerra? Son ustedes unos asesinos, esto es todo".

Mas los paralelos y similitudes entre el *demócrata* Yeltsin y los dirigentes serbios no concluyen aquí: del mismo modo que Milosevic paralizó el funcionamiento de la Federación yugoslava y lo vació de su contenido a fin de deshacerse de su presidente Ante Markovic y erigirse en jefe y paladín de la Gran Serbia, Yeltsin se valió del complot militar de agosto de 1991 para desmontar la compleja armazón de la URSS y liquidar a Gorbachov. Si ahondamos aún este cotejo, descubriremos que Yeltsin ha aprendido mucho también del doble lenguaje de sus amigos Milosevic y Karadzic - recientemente condecorado por él con la Cruz de San Andrés pese a su enjuiciamiento por crímenes de guerra por el Tribunal de La Haya- cuando multiplica sus vagarosas promesas de concordia mientras opta por la solución militar y completa la devastación de Chechenia.

En vísperas de la cumbre del G-7 en Moscú, el presidente ruso cubrió fugazmente su faz abotaga da de camorrista con una mascarilla de columbina inocencia, destinada a seducir a sus huéspedes. Las matanzas y bombardeos prosiguieron, pero el viejo

apparátchik, ducho en el arte de mentir sabiendo que se miente, se sacó de la manga inesperados planes de paz e improvisadas promesas de tregua con el designio de hacer escardillo y deslumbrar de modo efímero, pero en el buen momento, a los colegas occidentales de cuya ayuda depende.

Desde el 27 de mayo, fecha de la firma del protocolo destinado a parar la confrontación armada y proceder al intercambio de prisioneros con la delegación chechena encabezada por el presidente Zelijmán Yanderbiev, hasta el acuerdo alcanzado en Nazrán, en la vecina República de Ingushetia, entre el ministro de Nacionalidades ruso, Viacheslav Mijailov, y el jefe del Estado Mayor de las fuerzas independentistas, Aslán Masjádov -acuerdo que prevé la retirada del Ejército ruso a fines de agosto y el aplazamiento de las elecciones parlamentarias chechenas organizadas por el régimen títere de Doku Zavgáiev, pero, omite la cuestión crucial, de la independencia-, Yeltsin ha alternado sus declaraciones apaciguadoras y belicistas en función del público a quien se dirigía. Conforme a su natural propensión a la versatilidad, tan bien descrita por Tolstoi en su retrato de Nicolás I, sostiene sin rebozo ni aparente embarazo dos posiciones irreductiblemente antagónicas: presentarse como un hombre de paz ante sus potenciales electores jóvenes mientras descargaba en los hombros de su impopular ex ministro de Defensa la tarea de predicar "el aplastamiento de los bandidos".

La confusión pareció aclararse un tanto el 28 de mayo: tras retener como rehén en Moscú al presidente checheno, Yeltsin voló a Osetia del Norte y de allí en helicóptero al aeropuerto militar de Séverni, cerca de Grozni, base del Regimiento Motorizado 205. "Habéis ganado la guerra", dijo a los jefes y oficiales del Ejército. "Hemos destruido el régimen criminal". Palabras dirigidas a calmar, claro está, la cólera de los mandos, casi todos ellos partidarios de Zhirinovski y Ziugánov, al borde del amotinamiento tras el encuentro en el Kremlin con el sucesor de Dudáiev. Eludiendo airoosamente el peligro (¡siempre por los aires!) de su campaneada visita a Grozni -en cuyo núcleo atrincherado habían dispuesto aprisa y corriendo un pequeño helipuerto redondo como una pista de baile-, el presidente se limitó a estrechar las manos a los cosacos de una aldea chechena y proclamar de modo solemne: "La República de Chechenia está en Rusia y no en otra parte".

En los siguientes días, en tanto que los acuerdos de alto el fuego -como el anunciado unilateralmente por él el 31 de marzo- no se cumplían y proseguían las *operaciones especiales*, Yeltsin lanzó la idea de "una amplia autonomía" similar a la de Tatarstán y alentó las previstas conversaciones de paz, primero en Daguestán -frustradas por el sitio de la ciudad de Shalí y el asesinato del comandante independentista Rashid Barguishev cuando acudía a parlamentar con los asediadores- y luego en Ingushetia. Pero la imperiosa necesidad de alargar las negociaciones y evitar un nuevo descalabro al Ejército a fin de impulsar y dar bríos a la campaña presidencial cuajó finalmente en el acuerdo de paz del 10 de junio. Las numerosas concesiones a las exigencias chechenas -suspensión de las elecciones parlamentarias bajo control ruso, levantamiento del cerco de aldeas, desmantelamiento de los puestos de vigilancia e inspección de las carreteras, etcétera- no inspiran excesiva confianza a los mandos independentistas. Los pactos del 30 de julio de 1995, firmados tras la audaz incursión

de Shamil Basáiev en Budiónnovsk -en los que se estipulaba también la retirada gradual del Ejército y el desarme checheno, excepto el de pequeños grupos de autodefensa en las aldeas-, se convirtieron pronto, como el presunto alto el fuego posterior de Yeltsin, en letra muerta. El mantenimiento de los chapuceros comicios parlamentarios por el gobierno prorruso de Zavgáiev, en flagrante violación de los acuerdos, es un primer signo indicativo del continuo doble juego de Moscú.

El objetivo de Yeltsin de ganar a toda costa las elecciones, le fuerza a arrojar lastre y ceder en apariencia, pero ¿qué ocurrirá después de su probable victoria en la segunda vuelta? ¿Aceptarán los chechenos la desmilitarización de su minúscula república sin más garantías que la volubilidad y frecuentes cambios de humor del amo del Kremlin? ¿No entrará en juego una nueva serie de cambios semánticos como los que transmutaron las ofensivas sangrientas del Ejército en *operaciones especiales* y los siniestros campos de internamiento, tortura y asesinato en *puntos de filtración*? Para rizar el rizo, un triunfo eventual de Ziugánov, en opinión de muchos independentistas, daría agallas a los jefes y oficiales más pependencieros y agravaría la situación.

El apoyo de EE UU y la UE a Yeltsin revela una vez más que las cancillerías occidentales sacrifican los principios democráticos y derechos humanos en aras de sus intereses. La admisión de Rusia en el Consejo de Europa, los nuevos créditos del Fondo Monetario Internacional (FMI), las visitas de apoyo a los dirigentes de París, Londres, Bonn y Washington patentizan un profundo desconocimiento de la realidad rusa y del papel de Yeltsin como supuesto heraldo de la economía de mercado, sostén de demócratas y martillo de comunistas.

¿Qué importa un pequeño pueblo de un millón y pico de almas cuyo único crimen, ya secular, estriba en su mera existencia en el área estratégica de una gran potencia con "vocación imperial"? El FMI sigue financiando una empresa bélica cuyo costo diario se cifra en millones de dólares. ¿Es el genocidio un asunto puramente interior ruso y toda condena exterior una injerencia inadmisibile y humillante? El llamamiento dirigido hace unos meses por la viuda de SáJarov, Yelena Bonner, al secretario general de la ONU se eleva contra este embotamiento moral: "Aunque no apruebo ni el tono ni el estilo del [luego asesinado] general Dudáiev, tiene razón en lo esencial. La responsabilidad del nuevo genocidio en Chechenia incumbe a Yeltsin".

REPORTAJE: Paisajes de guerra con Chechenia al fondo /4

Urbicidio, matanzas, fosas comunes

JUAN GOYTISOLO

EL PAÍS - Internacional - 04-07-1996

El 11 de diciembre de 1994, el Ejército ruso invadió la República de Chechenia "para restaurar el orden constitucional" y eliminar un régimen "de criminales y bandidos". Según el ex ministro de Defensa Pável Grachov, la operación debía durar unas horas: un simple paseo triunfal. Diecisiete meses después, el "paseo" ha causado alrededor de 40.000 víctimas civiles -entre ellas, numerosos rusos instalados en Grozni-, las bajas del Ejército ocupante se cifran en unos 10.000 muertos y desaparecidos en acción y la devastación de la capital, poblaciones menores y aldeas chechenas es solamente, comparable, en extensión e intensidad, a la ocasionada en algunas ciudades rusas y alemanas durante la Segunda Guerra Mundial. En poco más de un año y medio de conquista, el Ejército ha sufrido casi tantas pérdidas como en los 12 años de su aventura desastrosa en Afganistán. Como en Afganistán, los nuevos dirigentes del Kremlin intentaron primero maquillar la operación como obra de un grupo de "patriotas" resueltos a deshacerse de la tiranía y corrupción de Dudáiev. En noviembre de 1994, los tanques entraron por primera vez en Grozni so capa de una "ayuda Traternal" a los chechenos honestos pero la incursión concluyó de manera catastrófica. Los blindados fueron destruidos con lanza granadas y, pese a los desmentidos oficiales de Moscú, que atribuían la irrupción a misteriosos mercenarios, los mandos militares rusos tuvieron que tragarse la humillación de hacerse cargo de los prisioneros generosamente devueltos por Dudáiev. Ni el recuerdo hiriente de la derrota de Afganistán que tanto contribuyó a la caída del régimen soviético ni el de las guerras sucesivas con los chechenos desde la época del imam Mansur trajo a las mientes de Yeltsin Pável Grachov la eventualidad del atasco paulatino de sus tropas en un lodazal, de su enlameamiento en una liga de la que difícilmente podrían zafarse. De ahí los esfuerzos patéticos de la televisión y prensa estatales por ocultar la penosa verdad de los hechos, encubrir la barbarie, torpeza y desorganización de las operaciones militares, transmutar los descalabros en acciones heroicas, repetir la letanía ritual de la "liquidación inminente de los últimos nidos de bandidos". Pese a tanto empeñamiento en la tergiversación y autoengaño -herencia directa del difunto régimen de la URSS-, las irrupciones de Shamil Basáiev en Budionnovsk y de Radúiev en Kiliar con la vuelta triunfal de ambos a Chechenia no obstante un diluvio de fuego del Ejército que ocasionó más bajas propias que en las filas adversas, abrieron los ojos a un sector de la opinión pública y acrecieron el número de los ciudadanos opuestos a la guerra. Pocos, muy pocos soldados de reemplazo y oficiales o suboficiales

desabastecidos y mal pagados desean hoy jugarse la vida y caer gloriosamente en el campo de honor. Chechenia, sin duda, no vale una misa.

La proclamación de la independencia de esta república autónoma de 13.000 kilómetros cuadrados el 27 de octubre de 1991 por el general de Aviación del Ejército soviético Dzhójar Dudáiev recuerda en muchos aspectos a la del imam *nakchbandí* Naxmudín de Gotso en agosto de 1917, encabezada luego militarmente por el jeque Uzún Haxi: en ambos casos sus autores aprovecharon la oportunidad del derrumbe zarista y el desmembramiento previsible de la URSS. Precursor significativo de Dudáiev, un coronel del Ejército de Nicolás II de origen checheno, Kaitmas Alijanov, participó activamente en la lucha independentista, primero contra los cosacos y rusos blancos de Denikin y luego contra los bolcheviques. La guerra fue de una ferocidad excepcional y *los murids*, dirigidos por Mohamed de Balkani, cuya tumba o *mazar* en Daguestán es objeto de peregrinaje en tiempos menos duros que los nuestros, aniquilaron, a una brigada entera del Ejército Rojo en el valle de Arkán, a escasa distancia del lugar en el que el 15 de abril de este año un convoy del Regimiento de Infantería Motorizada 245 fue completamente destruido y la dotación de sus tanques calcinada. La guerra concluyó, provisionalmente, en 1925 con la captura del imam Naxmudín y sus lugartenientes en sus reductos montañosos del Cáucaso. Como en la actualidad y en la época del imam Shamil, las aldeas de Vedenó y Bamut sucumbieron tras un asedio pugnaz y despiadado.

Pero, a diferencia del imam Shamil y los jefes religiosos del Emirato del Norte del Cáucaso, Dudáiev no logró aglutinar en torno a su liderazgo a una mayoría compacta y resuelta de chechenos. Su concepción patrimonial del Estado, la fragmentación clánica y su pasividad -algunos llaman complicidad- con la mafia local concitaron discordias y la malquistaron con diversos sectores independentistas. Durante los tres años de su presidencia, la situación reinante en Chechenia era de behetría, abundaban los ajustes de cuentas y florecía la corrupción. Según me confió Osmán Imáiev, ex fiscal general de la República y miembro de la delegación que discutió con los rusos el alto el fuego del 30 de julio de 1995, pasaron por sus manos mi merosos expedientes de desaparecidos en los enfrentamientos de clanes rivales. El trazado del oleoducto del Caspio al mar Negro por territorio checheno suscitaba igualmente la codicia y guerra larvada de intereses contrapuestos Mas lo que no obtuvo Dudáiev por su personalismo y flaqueza, lo alcanzaron en unos días los rusos con su brutal intervención de diciembre y arrasamiento de la capital: la unanimidad casi total de los chechenos en defender su independencia.

Hablar de Leningrado o Dresde, cuyas imágenes de desolación en blanco y negro se grabaron para siempre en mi memoria, no peca de exagerado. El centro de Grozni fue literalmente allanado por la acción conjunta de la artillería pesada, el fuego de los tanques, los proyectiles y bombas arrojados por aviones y helicópteros. El Palacio Presidencial en cuyos sótanos resistía Dudáiev, el Parlamento, el Instituto de Ciencias Pedagógicas, el Banco Nacional de la República, el Instituto Superior del Petróleo, el Museo de Abderrahmán Avturjánov, el teatro Lérmontov, el Museo de Bellas Artes, el hotel Cáucaso, etcétera, desaparecieron de la faz de la tierra. Para ocultar la magnitud del urbicidio, montañas de escombros fueron apiladas y arrojadas en muladares y

hondonadas fuera de Grozni. La labor de desescombro prosigue y los autores de la "hazaña" han erigido vallas metálicas alrededor de la zona afectada para velarla a ojos indiscretos. A través de sus rendijas y agujeros, se puede vislumbrar aún hoy la actividad incesante de limpiaterrenos y trituradoras. Sólo algunos arbolillos y arbustos salvajes sobreviven a la devastación. En los lejos del cuadro, dos penachos de humo negro coronan los pozos de petróleo incendiados de las afueras: su ignición entenebrece todavía la atmósfera sombría del lugar y, a ratos, se avista el fulgor voraz de las llamas como símbolo viviente del infierno que, tal un ave de presa, se abatió sobre la ciudad.

En las zonas vecinas, el espectáculo es, si cabe, más desolador: edificios huecos, de ennegrecidos ocelos y bocas desdentadas; casas semifundidas y rugosas, con sus fachadas acribilladas de hoyuelos de viruela; irrisorias señales de tráfico; grúas fantasmales suspendidas en el vacío. Un edificio de viviendas rosado, ocupado antaño por la *nomenklatura* local, exhibe sus columnas dóricas, jónicas y corintias vagamente torcidas, balcones de balaustres chamuscados y balconillos similares a palcos blandados como merengues. Según me revela mi acompañante, una familia rusa sobrevive agazapada en uno de los sótanos traseros. Nos acercamos a verla: un hombre semiinvalído, su madre perturbada y una chiquilla de nueve años ocupan una habitación cochambrosa y expuesta a la intemperie, sin trabajo, salario ni ayuda. Subsisten, como muchos rusos ancianos y desvalidos, de la caridad de los chechenos. Mientras los caucasianos mantienen vivos los vínculos de solidaridad familiar y clánica, los rusos sufren de un destino más trágico: el abandono e indiferencia de los compatriotas causantes de su desgracia. Las viejas que mendigan en las cercanías del mercado muestran que la saña destructiva de los invasores no perdonó siquiera a sus conciudadanos.

En un parque vecino al área vallada, entre los árboles y arriates de rosas, descubro la estatua incongruente de un oso en bicicleta en lo que debió de ser hace dos años un jardín infantil. El, pequeño monumento corrió mejor suerte que el erigido a Lenin cien metros más lejos, del que sólo se conserva el pedestal. (Unos días más tarde, en un solar abandonado contiguo a la desahuciada estación de ferrocarril, hallé una estatua enorme y arrinconada del jefe de los Sóviets, celada por la espesura del arbolado que la envuelve: allí, Vladímir Ilich Uliánov parece predicar con ademán enérgico y fiero a la frondosa vegetación circundante una nueva y también implacable revolución ecologista).

Pasa a la página 6 Viene de la página 5

El resto de la ciudad brinda el mismo escenario de encono y decrepitud: edificios en ruina, tanques calcinados, armazones de tejados vacíos, vigas colgantes, barrios enteros desertados por sus moradores. A veces, en un inmueble deshecho, un rótulo advierte a posibles merodeadores "Aquí vive gente" o, con mayor laconismo, "Hay vivos". El nuevo centro urbano, con el edificio de la Presidencia del Gobierno prorruso y un cuartel del Ejército, es un auténtico campo atrincherado: puestos fortificados, tanques en todas las esquinas, nidos de ametralladoras en los tejados de los principales edificios, infinidad de soldados y policías en pie de guerra. Cuantos lugares

he visitado -el Centro de Prensa, las oficinas en donde obtuve mi acreditación de periodista primero rusa y luego de la administración títere de Zavgáiev- se hallan protegidos por sacos terreros y centinelas con fusil ametrallador. Pese a tan impresionante despliegue de fuerza, la capital conquistada en dos meses a sangre y fuego cayó en pocas horas el pasado 6 de marzo en manos de varios centenares de independentistas armados con lanzagranadas. Como prueba el éxito de su incursión relámpago, la *pacificación* tantas veces anunciada por los rusos es meramente ilusoria.

Como tendré ocasión de verificar días más tarde, la noche pertenece a los chechenos y los innumerables puestos de control y bases militares instalados en el llano teóricamente apaciguado se convierten a menudo en islotes asediados, expuestos a un súbito golpe de mano de la invisible fuerza enemiga.

Al número indeterminado de muertes civiles causadas por la guerra -comentaristas y expertos rusos y chechenos avanzan la cifra de 40.000- hay que añadir la de los desaparecidos regularmente en redadas y enviados a los siniestros *puntos de filtración*. En compañía de Ricardo Ortega, corresponsal en Moscú de Antena 3, entrevisto al presidente de la Cruz Roja en Grozni, Husein Jamídov. La vida de este piloto de aviación civil cambió bruscamente de rumbo el día en que encontró los cadáveres de dos de sus hijos en una fosa común, unas semanas después de su "desvanecimiento" a fines de enero de 1995. Desde entonces, Jamídov, pulcramente vestido con un traje gris y corbata, se consagra enteramente a la labor de descubrir los mataderos y osarios dispersos en todo el territorio checheno y fotografiar a las víctimas. Sentado en su diminuta oficina, nos muestra un rimero de cartones con las fotos cuidadosamente pegadas. Cada muerto figura marcado con un número hasta la cifra provisional de 1.313. De ellos, han sido identificados 426 y numerosas personas acuden a su despacho a buscar y reconocer a sus deudos. Mientras conversamos, aparece un hombre con 11 desaparecidos en su familia que viene a diario con la esperanza de que nuevos "hallazgos" le permitan inhumar a alguno de ellos.

La identificación es difícil: en muchos casos se trata de cráneos casi mundos o calcinados por lanzallamas, de cadáveres arracimados en cajas de munición en postura encorvada o fetal. Casi todos revelan señales de tortura y, ejecución sumaria: disparos a quemarropa en los ojos, la frente, la nuca, manos atadas con cuerdas o alambres. En inmisericorde sucesión de estampas de horror, contemplo a víctimas de órbitas oculares vacías, orificios nasales huecos, calaveras con gesto de aullar, boquear de asfixia, protestar de indignación, con muestras de asombro, indecible dolor, a veces de inocencia sorprendida, raramente de serenidad. No obstante la insistencia de la Cruz Roja, las autoridades militares rusas no han abierto investigación alguna sobre las hoyas y pozos repletos de cadáveres. Ningún tribunal juzgará a los autores de la matanza.

Durante nuestra estancia en la Cruz, Roja, un camarógrafo

checheno nos proyecta un vídeo con imágenes del bombardeo de Kadir Yurt el 28 del pasado mes de marzo: 12 niños muertos. El Alto Mando ruso desmintió la existencia del ataque y achacó la *desinformación* a una maniobra propagandística de "los

bandidos".

Aunque la mayoría de las ejecuciones se remontan a marzo y abril de 1995, las redadas y detenciones arbitrarias continúan. En el *punto de filtración* del distrito de Staro-Promislovi, dependiente del Ministerio del Interior de la Federación Rusa en Chechenia, se hacinaban a primeros de junio centenares de detenidos y cada cuartel dispone de sus propios calabozos de interrogatorio y tortura. Un joven llamado Salmán narró ante la cámara su viaje y estancia en uno de ellos. En el camión en el que le transportaban, hacinado con docenas de sospechosos, los soldados rusos mataron a ocho de sus compañeros por protestar contra las condiciones del traslado y bebieron vodka sentados en sus cadáveres. El Mando Militar comunicó más tarde que los asesinados fueron víctimas de los disparos de la guerrilla independentista.

En el segundo protocolo de los acuerdos firmados el 10 de junio en Nazrán, se estipula la creación de una comisión compuesta de seis rusos y seis chechenos para la busca e identificación de los desaparecidos y detenidos en 17 meses de guerra. Otra cláusula del mismo conviene en el cierre definitivo de los *puntos de filtración*. Pero después de tantos pactos incumplidos y promesas rotas, los chechenos aguardan el resultado de los comicios rusos sin forjarse demasiadas ilusiones sobre las intenciones reales de Ziugánov y Yeltsin. Todo puede seguir como antes y las ansias de desquite de los mandos militares como Vladímir Shamánov y Viacheslav Tijomirov, humillados por el fracaso de su brutal *pacificación* y la desorganización y baja moral de sus tropas, no auguran desde luego nada nuevo. "La guerra", me dirá sin jactancia, alguna uno de los comandantes independentistas con quien me entrevistaré más tarde, "dura ya dos siglos. ¿Quién sabe si durará todavía cuarenta o cincuenta años?".

REPORTAJE: Paisajes de guerra con Chechenia al fondo / 5

Fronteras movedizas

Los combatientes chechenos pasan sin dificultad a las zonas bajo control de los soldados rusos

JUAN GOYTISOLO

EL PAÍS - Internacional - 05-07-1996

Contrariamente a lo acaecido en Bosnia, en donde la penuria de toda clase de alimentos y bienes de consumo agravaba las condiciones del asedio, Chechenia permanece en lo esencial bien abastecida. A lo largo de las carreteras estrechamente vigiladas por el Ejército ruso, y en especial en los pueblos y encrucijadas, se alinean tenderetes y puestecillos de venta de muy diversa índole: redomas de gasolina, piezas de recambio, neumáticos usados, quioscos de refrescos, carnicerías, mesillas con frutas y verduras, innumerables despachos de cerveza, vodka y cigarrillos. La plétora contigua a los puestos de control -fortines acolchados con sacos terreros, nidos de ametralladoras- produce en el ánimo del forastero una engañosa impresión de normalidad. En los barrios menos derruidos de Grozni y sus calles cenagosas o inundadas por las recientes lluvias -toda la red de alcantarillado, como el suministro de agua, han dejado de funcionar-, el espectáculo es el mismo: compraventa de artículos de muy amplio registro, merced a la cual los chechenos sin trabajo ni brújula, que han optado por la resistencia pasiva, sobreviven a la dureza de la ocupación. El hormigueo del mercado de Grozni es el de las ciudades provincianas de Anatolia e Irán: los jóvenes cambistas agitan fajos de dólares; la multitud fluye entre los chamizos de comida y refrescos, bordea las casetas de venta de vídeos, radios, cintas y magnetófonos, discute en torno a los rimeros de cartones de cigarrillos americanos, se arremolina y regatea los precios de pantalones, chaquetas, faldas y blusas de confección turca. ¡Mi acompañante me muestra un paquete de magdalenas oriundo de España! Todo el mundo carga con bolsas de plástico *Oakland, Mens Wear*. La mezcla y agitación del lugar imanta asimismo al hampa local y los malsines del Gobierno títere. Durante el recorrido, registro mentalmente la traza de un notable de rostro bulldog vestido de mafioso (¿o será al revés?), tocado con un blanco, alcaponesco sombrero flexible, que susurra- órdenes bancarias (o de otro tipo) con el teléfono celular pegado al oído. ¿Realidad o, espejismo?

Esta misma pregunta acucia al visitante, adormecido por la visión del trajín diario y el paisaje idílico de las zonas supuestamente "pacificadas". La innumerable sucesión de controles en las carreteras que llevan EL Grozni garantizan, según la televisión estatal, la normalización gradual de la vida. En mis trayectos por distintos distritos de

Chechenia he topado con toda suerte de barreras y pasos, por entre los cuales los vehículos civiles deben colarse en zigzag: bloques de cemento disuasorios, piedras, postes metálicos, caballos de frisa, alambradas, vigas, troncos de árbol, orugas oxidadas de tanque. Las credenciales son examinadas con lupa y el maletero del automóvil inspeccionado en cada alto. Tan formidable dispositivo, ¿cierra herméticamente la entrada de los combatientes chechenos a las "zonas seguras"?

Nada más lejos de la verdad. El Ministerio de Defensa ruso no paga sino con meses de retraso el sueldo de las unidades de oficio y éstas viven con frecuencia de expedientes, soborno y pillaje. En las vías principales, los soldados venden a los chechenos, el petróleo de sus tanques y, en áreas menos visibles, sus fusiles ametralladores, armamento y munición. Las fronteras son permeables, cambiantes: los militares, que temen un asalto nocturno de los guerrilleros, pautan con las aldeas vecinas y levantan las barreras de control. Ello aclara la facilidad con que los indoequistanos se infiltran en ciudades "seguras" como Gudermés y Sernovodsk, obligando al Ejército a cercarlas de nuevo y reconquistarlas con un diluvio de fuego a costa de una ingente destrucción. En el propio Grozni, la situación es insegura: el 2 de junio estalló una mina al paso de un blindado y cuatro soldados perdieron la vida. Seis días más tarde escuché el tableteo de ametralladoras y violentas morteradas cuando anochecía: dos rusos más, caídos en un oscuro enfrentamiento con la guerrilla o, según oírás fuentes, por los disparos de la policía chechena oficialmente aliada con ellos. A veces, son los componentes de la dotación de un tanque quienes tiran, al aire para amedrentar a la población o abaten a civiles, sin razón alguna, bajo los efectos del alcohol. Como verificaré varias veces durante mi estancia, unas cuantas botellas de vodka son el mejor salvoconducto para penetrar en las zonas prohibidas.

"Las aldeas y poblaciones nominalmente controladas y evacuadas por el Ejército pasan discretamente a manos de los independentistas", me dice el comandante Ruslán Nasredtinov, uno de los tenaces defensores del pueblo de Góiskoye durante su largo y devastador asedio. "A menudo, los rusos vuelven a asegurarse del orden reinante y quienes les acompañan y tranquilizan son los propios militares independentistas, temporalmente reintegrados en la vida civil. Cuando cesan los combates en las áreas que llaman *pacificadas*, nuestros guerrilleros regresan con las armas a sus casas y quedan en situación de disponibilidad hasta que reciben la orden de reagruparse y luchar".

Nuestra entrevista se efectúa en Kularí, el día siguiente a la ceremonia del *zikh*, a la que asistí por mediación del ex fiscal general de Chechenia y jefe de la delegación que firmó los acuerdos de alto el fuego del 30 de agosto de 1995, Osmán Imáiev. Ruslán y su colega Yacub -que ha perdido 50 familiares desde el inicio de la guerra, 17 de ellos "desaparecidos"- son dos *murids* (miembros) del *wird* (rama) de la cofradía *kadiri* de Kurita Haxi: ambos visten de paisano, con tejanos y túnicas oscuras, van con la cabeza cubierta con gorros de la *tariká* (cofradía) y calzan zapatos de deporte. Yacub, cuya poderosa barba negra y ardor en la ejecución de las ceremonias *sufí* llamaron mi atención, me expone a su vez la situación en la Chechenia "pacificada" mientras compartimos mesa y manteles: en realidad, un pan amazotado y queso de oveja.

"Los rusos buscan un entendimiento tácito con las aldeas. Por ejemplo, nunca han puesto los pies aquí. En' verdad, conviven con una administración independentista. Hay unos cuatrocientos poblados en Chechenia. Si quisieran conquistarlos y gobernarlos todos, ¿cuántos años necesitarían? Sólo si advierten una gran concentración de guerrilleros, como actualmente sucede en Shalí, sitian al pueblo o ciudad y proceden a operaciones de castigo, para dar un ejemplo a las aldeas vecinas. Creen que así exterminan a quienes llaman "terroristas", pero nosotros cruzamos de noche sus filas y nos instalamos en otro lugar.

"En Góiskoye emplearon la artillería, helicópteros y aviones, se sirvieron de armas prohibidas. La población civil huyó y los combatientes aguantamos más de un mes de cerco: del 4 de abril, al 8 de mayo pasados. Por fortuna, muchas bombas no explotaron y las recuperamos para utilizarlas como minas contra sus blindados. También ellos sufrieron muchas bajas". La cifra aproximativa de militares rusos caídos en acción es controvertida y quiero conocer su cómputo personal.

"Nadie puede responder con exactitud, pero hay que multiplicar a lo menos por cinco la cifra oficial de 2.500. En la mayor parte de los casos los entierran en fosas comunes para no soliviantar a la población como ocurrió durante la guerra de Afganistán. A otros los llevan a Rusia en frigoríficos o son devorados por los perros.

"El 90% de, los generales no ocultan sus simpatías comunistas y truenan contra Yeltsin. Todas las banderas que ondean en sus bases y puestos de control lucen el rojo de la URSS, no los colores de la Federación. Nosotros jugamos con ellos como el torero con el toro: les capeamos y, si podemos, clavamos las banderillas. Quienes las han pasado negras en Afganistán, como el general Brómov, se oponen a esta guerra. Son reses que han adquirido experiencia y no quieren dejarse torear".

El jueves 6 de junio compruebo de nuevo la precariedad del dominio ruso en los distritos del llano oficialmente bajo control. Después de atravesar una zona ordenada, con policías del gobierno prorruso, nos aventuramos en una tierra de nadie, con los consabidos puestecillos de venta de gasolina y refrescos, en la que los aldeanos vacan a sus ocupaciones. Cuando llegamos a Aleroi, un grupo de soldados independentistas nos escoltan al domicilio de Junkar Pashá Israpilov, jefe del frente sureste que, con Ruslán Geláyev, jefe del frente suroeste, y Shamil Basáiev, jefe del frente central, componen el Estado Mayor de Aslán Masiádov, jefe de las Fuerzas Armadas chechenas y negociador del acuerdo de Nazrán el 10 de junio. Junkar Pashá es un hombre aún joven, delgado y de aspecto frágil, de rasgos regulares y expresivos. Lleva el brazo izquierdo vendado y nos invita a pasar a una habitación con uno de sus adjuntos: un adulto de ojos verdes, investido de la belleza agreste, tan común en Turquía, de algunos habitantes del Cáucaso. Me dicen que es usted el jefe del frente sureste, le digo. Pero acabamos de llegar a su encuentro sin obstáculo alguno. ¿De qué clase de frente se trata? Hay una pausa durante la cual nos sirven el té. "Tenemos la orden del presidente Yaridarbiev de interrumpir todas las acciones militares mientras duran las conversaciones militares de paz". (Me muestra la orden). "Pero los rusos siguen disparando", añade. "Esta misma noche bombardearon la aldea con su artillería. Anteayer, la aviación atacó a Bachi Yurt y Gansolchi, dos pueblos de nuestra

zona. Y diariamente realizan vuelos rasantes con helicópteros, pero nuestra gente no responde a estas provocaciones ni a las de los mercenarios al servicio de Rusia". "Yeltsin se vale de todos los medios de propaganda a su alcance para motejarnos de fanáticos, fundamentalistas y bandidos. De este modo, Europa se cruza de trazos y se aprovecha de los beneficios que le procuran el desmembramiento y subasta de la URSS". "Nosotros sólo pedimos la independencia, el derecho de elegir a nuestro presidente y constituir un Estado pobre y pequeño, pero libre. Un Estado de ciudadanos, independientemente de su origen étnico. Pasé dos años en Astrakán, entre rusos, y no admitiría ninguna persecución contra ellos si aceptan vivir en paz con nosotros. Mas, si prosiguen la guerra, guerra tendrán. Emplearemos todas las armas para defendernos. No aceptaremos jamás su tutela.

"Nos quieren imponer su cultura y costumbres, violan sin recato los derechos humanos. Desde niños, nos habían inculcado en la URSS el odio al nazismo y nos aguerrián contra él. Pero ahora descubrimos que el nazismo se ha infiltrado en la Federación Rusa y su Ejército. ¿Cómo calificar al presentador de la televisión estatal que en la hora de mayor audiencia entrevista a dos voluntarios que exhiben orgullosamente orejas cortadas de combatientes chechenos?"

"La guerra corre el riesgo de propagarse al resto del Cáucaso. Si no podemos proseguir la lucha en nuestro suelo, la extenderemos fuera. No soltaremos las armas hasta que nos devuelvan la libertad y la tierra".

"Diga usted bien alto en su país que somos musulmanes que luchan por serlo desde hace doscientos años. Todos los soldados a mi mando defienden un ideal: vivir libres, conforme a nuestras tradiciones y leyes".

El tema de la conversación recae otra vez en el número de bajas del enemigo.

"Quieren engañar a la opinión pública y ocultan las cifras reales. En Shiri Yurt, distrito de Shatoi, existe un crematorio para incinerar a los cadáveres. No los entierran, los queman. O los envían en frigoríficos a Rostov (un artículo del enviado especial de *Libération* a esta ciudad rusa confirma este extremo. Véase *Les soldats inconnus de la guerre de Tchétchenie*, del 12 de junio). En la última operación relámpago en Grozni, la cifra oficial de 89 muertos disfrazaba la real: más de trescientos".

"Los soldados de reemplazo tienen miedo y se rinden sin luchar. Hemos capturado a uno de ellos tres veces y las tres veces le soltamos. Cada vez llora y maldice a sus jefes, pero no tiene el coraje de desertar. Nosotros, en cambio, no obligamos a nadie a permanecer en nuestro ejército: quien quiera volver a la vida civil puede hacerlo cuando le dé la gana". Antes de despedirse de nosotros, Junkar Pashá Israpilov me dicta una lista de aldeas y poblaciones arrasadas -Stari-Achjoi, Oréjovo, Góiskoye, las tres en el distrito de Achjó-Martán; Serzhen Yurt, distrito de Shalí; Zonaj, en el de Shatoi- y me convida a visitarlas, a comprobar *de visu* la saña y crueldad de su devastación. Góiskoye es un buen ejemplo de la política de *tierra quemada*, heredada de los regímenes zarista y soviético, para someter a los chechenos. Hasta hace unos meses vivían en el pueblo 300 familias, esto es, alrededor de 1.500 personas. El asedio

iniciado el 4 de abril para capturar a un destacamento guerrillero -el encabezado por Rustán Nasredtirov y Yacub- duró 35 días. El Ejército utilizó la artillería, aviación, helicópteros con lanzacohetes Grad y Huracán, bombas de fragmentación. Hay cráteres de 6 metros de diámetro y 3 de profundidad: la mezquita fue descuajada de golpe. No queda una casa en pie: sólo paredes, edificios desventrados, trozos de tela metálica residuo de la ignición. Mientras vago por el pueblo, diviso los restos de autos desguazados, montañas de escombros, cables retorcidos, un tractor calcinado, un sombrero, una nevera sin puerta, una tetera rota, un manual de literatura rusa, jirones de alfombras, marcos de puertas y ventanas, batería de cocina acribillada y dispersa. Ahmet Basiev, un hombre mayor de aspecto campesino, vive en los restos de lo que fue su casa, bajo un saledizo con unos muebles truncos y alfombras. "Ésta es mi riqueza, dice esforzándose en sonreír. Rusia mostró su potencia aniquilando a familias enteras, cebándose en mujeres y niños. Tanta barbarie merecería el castigo de un Gengis Kan". Mientras hablamos, tres helicópteros sobrevuelan la zona, como buitres en busca de carroña. Hierbas y arbustos, rosales colmados de flores, cubren piadosamente el escenario de la desolación.

REPORTAJE: Paisajes de guerra con Chechenia al fondo /6

Las cofradías sufís

Los chechenos canservan su memoria histórica, transmitida como un tesoro de generación en generación

JUAN GOYTISOLO

EL PAÍS - Internacional - 06-07-1996

El asesinato de alta tecnología digital del presidente independentista Dzhojar Dudáiev, víctima de un cohete aire-tierra guiado por la emisión del teléfono vía satélite mientras conversaba con el mediador ruso y diputado Constantin Voronoi, corresponde a la lógica gansteril del entorno de Yeltsin recientemente de purado y se añade a la ya larga nómina de jefes y guías político religiosos chechenos, ajusticiados o muertos en cárceles rusas antes y después de la Revolución. El imam Mansur Ushurma, ardiente predicador de la guerra santa contra la conquista del Cáucaso, pereció en 1793 en la fortaleza zarista de Schlöselburg; Kunta Haxi, venerado hoy como guía por los combatientes *murids* de Chechenia, se extinguió en 1867 en una mazmorra de Alejandro II; entre los sucesores del imam Shamil en la *silsila* (cadena iniciática) *nakchbandía* que no depusieron las armas, el jeque Abdurrahmán de Sogratl, cabeza de la sublevación de 1877, acabó sus días en Siberia; los lugartenientes del *wird*, letanía de la rama Batal Haxi, sucumbieron en la cárcel o deportación durante las últimas décadas del siglo XIX. Tras la Revolución de Octubre y el efímero Emirato del Norte del Cáucaso, los soviéticos fusilaron a todos los jeques *nakchbandís* y *kadirís* que no cayeron en combate: Naxriudín de Gotso y los caudillos independentistas de la guerra de 1921-23, capturados en 1925 en las montañas del Cáucaso, fueron pasados por las armas; el jefe Alí Mitáiev, hijo del fundador del *wird* de Bamat Giray, corrió, la misma suerte pese a haber integrado nominalmente el Comité Revolucionario Checheno creado por los bolcheviques; todos los promotores de la rebelión de 1930, aunque amnistiados por un acuerdo de paz como el firmado el 10 de junio, fueron ejecutados el año siguiente. El cronista soviético A. M. Tutáiev menciona que cinco de los seis hijos y ocho nietos -amén de incontables primos, sobrinos y yernos- del "bandido" Batal Bolhoróiev murieron fusil en mano o fueron liquidados sin piedad. El único superviviente, Kuraích, mantuvo un foco de guerrilla antisoviética hasta 1947, fecha de su captura y deportación. El último *abrek* (bandido de honor) que hostigó en solitario al ocupante, protegido por el resto de la población y a quien la revista *Zhurnalíst* achacaba la muerte de 40 "patriotas" durante la época de Jruschov y Bréznev, cayó en una celada, como Dudáiev, en 1980 (consúltese la obra de Bennigsen y Lemercier-Quellejey, así como el artículo de la última en *Les voies d'Allah*, París, 199(5).El éxito simbólico de la aniquilación del jefe enemigo tras los

desastres y humillaciones sufridos por el Ejército puede haber contribuido al espectacular aumento de popularidad de Yeltsin y satisfecho el afán de venganza de los mandos del Estado Mayor y del círculo de íntimos del presidente ruso defenestrados por Alexandr Lébed, mas no contribuye a resolver, sino todo lo contrario, las causas del conflicto. Al seguir los pasos de sus predecesores zaristas y soviéticos, Yeltsin se cierra las puertas de una salida honorable, atrapado en el dilema de una retirada que ofendería al electorado paneslavista o del exterminio total de las cucarachas *chechenas*, (Pável Grachov *díxit*).

Muerto el perro se acabó la rabia, reza el refrán. Mas la acumulada por los chechenos tras dos siglos de guerra, tácticas de *tierra quemada*, deportación masiva y ejecuciones sumarias no. se agota con una muerte más. A juzgar según la reacción de su sucesor y jefes militares, ha crecido, al revés, en intensidad. La cadena bien engarzada de ajusticiamientos y extinción en mazmorras y campos de Siberia de sus imames y guías es el símbolo de la larga lucha, siempre defensiva, contra los atropellos y saña del invasor. El cardo tenaz, aplastado por un carro, de la novela de Tolstoi, reverdece y no se rinde.

La amnesia de los actuales dirigentes rusos en estos graves momentos de confusión ideológica y crisis de identidad -manifiestas, por ejemplo, en la campaña electoral de Ziugánov, con sus referencias a Cristo y Stalin, citas del *Apocalipsis* y la distribución gratuita en los mítines del panfleto antisemita, engendro de la policía zarista, *Protocolo de los sabios de Sión*- se traduce en una pérdida de la memoria histórica que les condena a repetir los errores y crímenes de un pasado idealizado y falaz. Los chechenos, en cambio, conservan cuidadosamente la suya, transmitida como un tesoro precioso de generación en generación. Muy significativamente, cuando las circunstancias imponían el cese de la guerra santa y la práctica del *ketmán* (sumisión aparente), el espíritu de aquélla sobrevivía en el *abrelik* o bandidaje de honor. Los *abreks*, como los monjes moriscos, perpetúan la llama del combate, recordatorio viviente de que el espíritu de resistencia no se ha extinguido y cualquier chispazo puede encenderlo de nuevo. "El checheno, -me dijo un *murid* de Zakán Yurt-, nace con el signo de la muerte inscrito en la frente. Sabe que un día u otro morirá con el arma en la mano. Es su destino, y se prepara desde niño para este día de gloria en el que su espíritu se unirá a sus antepasados".

El papel desempeñado por las cofradías sufis en la historia de Rusia es mucho más importante de lo que el profano en la materia supone. Por un lado, como señalan los autores de la obra citada las guerras del Cáucaso contribuyeron a la ruina material y moral del imperio zarista y precipitaron la caída de la dinastía de los Romanov y la instauración del régimen bolchevique"; por otro, originaron una situación inversa a la ocasionada por la invasión y colonización de los países musulmanes en África y Asia por las grandes potencias europeas a lo largo del XIX y primera mitad del XX: mientras en la mayoría de aquéllos, el islam oficial, más o menos tutelado por los colonizadores, redujo y hasta arrinconó a las cofradías sufis, en la URSS se produjo e fenómeno inverso. Diezmado por los bolcheviques o enteramente sumiso al régimen soviético, el islam oficial fue absorbido por las cofradías, columna vertebral de lo que los especialistas soviéticos denominaban *islam paralelo*. No. obstante la represión

implacable y destrucción de mezquitas -había más de 900 en el territorio de las actuales Repúblicas de Ingushetia y Chechenia en 1917 y sólo nueve en 1984- el sufismo no desmedró. Desde fines del siglo XVIII, la defensa de la religión se confunde con la preservación y subsistencia de la comunidad nacional.

El encarnizamiento del régimen soviético con los rebeldes no perdonó a los muertos: en tanto que los chechenos eran deportados a Kazajstán, sus cementerios fueron arrasados y los cipos o *testigos* de sus tumbas utilizados en Rusia como materiales de adorno y construcción. Los que existen actualmente datan de la época de su retorno al país, a fines de los cincuenta. En los distritos del centro y sur, pude curiosear media docena de ellos: las sepulturas se yerguen con unas estelas de piedra o madera, pintadas de colores vivos -azul, verde, blanco-, con un tejadillo de dos aguas rematado con la medialuna. Algunas reproducen en caracteres árabes el nombre de Alá o aleyas de la *Fátiha*. Otras, el nombre y patronímico del difunto y las fechas de su nacimiento o defunción.

Los *mazars* o ermitas erigidos en recuerdo de un *muxahid* (mártir) o un personaje santo equivalen a los morabos del islam popular magrebí. Los miembros de las cofradías y fieles se reúnen en torno a ellos a recitar sus letanías e implorar su baraca. La persecución antirreligiosa sufrida en Chechenia hasta Mijaíl Gorbachov, se cebó en ellos: en su mayoría fueron allanados y sustituidos por centros de propaganda "antioscurantista" y atea. Pero, al menor descuido de las autoridades, reaparecían de súbito, congregando en torno a ellos a multitudes de romeros, ¡incluidos muchos miembros del partido comunista!

La prensa soviética de las últimas décadas abunda en descripciones y denuncias de estos "focos de propaganda reaccionaria" manipulados por "vagabundos", "parásitos" y "criminales". Los peregrinajes más concurridos eran los de las tumbas de Uzun Haxi y de la madre de Kunta Haxi, en la aldea de Vedenó. Cuando me reuní con los *murids* de Zakán Yurt, tuve la oportunidad de confrontar la lista elaborada por Bennigsen y Lemercier-Quelquejay con la memorizada por ellos y las diferencias resultaron mínimas. Los mu-

rids ignoraban que unos investigadores extranjeros se ocupaban de ellos y aireaban su lucha y me rogaron que les transmitiera sus preces y gratitud.

Si la *tarika nakehbandía* encarna la historia de la resistencia chechena en el pasado siglo, la *kadiría* domina incontestablemente la del actual. Fundada por Abdelkader Yilani en el siglo XII, la cofradía se extendió poco a poco a todo el ámbito del islam, desde China a Marruecos. Su presencia en el Cáucaso se remonta tan sólo al siglo XIX y se cifra en la figura carismática de Kunta Haxi, cuya predicación mística atrajo a numerosos patriotas montañeses y *murids* desnortados tras la derrota de Shamil. A diferencia del *zitr* silencioso de los *nakchalandís*, Kunta Haxi introdujo el *zitr* vocal, acompañado a veces de música y bailes: su leyenda y el misterio de su muerte -sus discípulos, todavía hoy la desmienten-, le confieren la autoridad de *polo espiritual* del norte del Cáucaso.

Osmán Imáiev, ex Fiscal General de Chechenia, recibió una educación puramente soviética y cursó estudios superiores en la Universidad de Moscú, en la que aprendió a hablar correctamente el español. Ahora reside en el pueblo de Kularí, en donde mantiene estrechos vínculos con los combatientes independentistas; establece, sin grandes esperanzas en los resultados, una lista de crímenes de guerra del ocupante y comparte la vida de los miembros de la rama *kadirí* de Kurita Haxi. El mismo se confiesa un novicio en la materia, pero coordina las actividades de los *murids* y, como comprobaré poco después, organiza sus ceremonias.

"El *zitr* es el símbolo de la resistencia chechena, -me dice-. El 5 de septiembre de 1995, los rusos quisieron entrar en el pueblo pero a la vista de los *murids* que, oraban y bailaban en el puente situado a la entrada, desistieron de su empeño. Sabían por experiencia que un ataque contra nosotros provocaría un alzamiento en muchas otras aldeas".

La conversación se desenvuelve en un hangar, con refectorio, cocina y un dormitorio con literas superpuestas, velado por una burla cortina, en el que pernoctan una docena de rebeldes, actualmente en disponibilidad. Poco a poco llegan los miembros de la cofradía y cada grupo de recién veni (los entona un cántico tradicional "para ahuyentar al diablo" -una suerte de saludo obligado del forastero, al cruzar el umbral de una casa-: son los cofrades de Kunta Haxi de la aldea de Zakán Yurt.

Concluidos presentaciones y saludos, nos dirigimos a la mezquita: un edificio reciente, alfombrado, con un hueco que vale a la vez de almimbar y alquibla, un reloj de pared y dos fotografías encuadradas de La Meca durante la peregrinación. Los asistentes, incluido mi anfitrión, se ponen en cuclillas hasta formar un círculo Junto al *mihrab*: a mí me ofrecen un taburete pequeño, pero prefiero acomodarme en el suelo y presenciar desde allí el ritual.

He asistido a las preces *kadirís* en Marruecos, Egipto y Sarajevo, en la semana que precedió el bombardeo de la OTAN y el final del asedio. Las de los chechenos poseen una intensidad emotiva que, como señalan muchos islamólogos-policías soviéticos, conmueve incluso a profanos e incrédulos.

Una vez cerrado el círculo, los *murids*, tocados con sus birretes, inician sus rezos y letanías, oscilando levemente el cuerpo. Primero el *wird* (la oración en honor de Kurita Haxi), el *tahlil* ("no hay más dios que Dios") y luego la *Fátiha*, entonados con voz grave, que parece ascender y dilatarse con la hondura y fervor del canto gregoriano. El guía de la cofradía en la aldea, el *turj*, marca una pausa: los participantes intercambian saludos y se recogen en la *nazma* (oración) antes de pasar a la fase posterior de su ascensión graduada. Recitador y coro repiten el canto más fuerte, con voces que brotan, como gemidos, del fondo de la garganta. De improviso, empiezan a batir rítmica mente las palmas, *la ilaha illa llah*, cada vez con mayor brío y fiereza, se ponen de pie, dan vueltas en sentido inverso a las agujas del reloj, primero a paso lento, después con gran viveza, aceleran, corren, sin dejar de ferir palmas, el eco de sus jaculatorias vibra en el aire y colma el espacio de la mezquita de su insólita pleamar. Súbitamente un alto, otra asentada, con rezos e invocaciones preparatorias a

Kunta Haxi. Osmán Imáiev y los ancianos que no integran el *zīkr* retiran las alfombras y, tras esta pausa queda, delicada y absorta, la ceremonia entra en su nueva fase. Los *murids* reemprenden su baile, ahora de derecha a izquierda -una novedad en el islam-, corren, brincan, sin interrumpir el ritmo de las jaculatorias, en anillo cada vez más prieto, cada cual rozando la espalda del compañero, golpeando ruidosamente el suelo con las plantas. Uno de ellos sale del círculo y gira con mayor velocidad que los restantes, los impulsa con fuerza magnética, como investido de misteriosa energía eólica: primero el comandante Yacub y luego un joven barbudo, vestido con una túnica negra y tocado con un gorro de duende, de genio surgido de las estampas de una leyenda. Su estímulo transmuta la rueda en vertiginoso tiovivo. Los pies desnudos retumban de modo ensordecedor en el entarimado, la combinación de plegarias, trancos, carrera orbicular alcanza el punto de suspensión en el que el *murid*, desasido de cuanto le rodea, no halla, para emplear el lenguaje de nuestro mayor místico, "arrimo en el entendimiento, ni jugo en la voluntad, ni discurso en la memoria".

Acabado el rito, los cofrades se acuclillan de nuevo en círculo, recitan a voz y coro "no hay más dios que Dios" y desgranán las 99 cuentas de su rosario. Han transcurrido unas dos horas desde que entré, pero el tiempo ha dejado de correr. El cielo ha escampado entre tanto, lucen las estrellas y, por vez primera desde mi llegada a Chechenia, oigo el canto de un pájaro. Lo digo sin pudor: levité en un océano de serenidad. No en un instante de exaltación ni eclipse fugaz de los sentidos: por la belleza y perfección del instante. La modulación del canto en medio del silencio nocturno, ¿no me compensaba, no fuere más que por unos segundos, en tanta acumulación de barbarie?

El pájaro calló, volvió el orden del mundo: vivía, en un paisaje de guerra, la mugrienta y cruel reiteración de la historia.

REPORTAJE: Paisajes de guerra con Chechenia al fondo / y 7

Hacia las montañas

La indignación del autor ante la devastación de Chechenia se mezcla al final de su viaje con un sentimiento de conmisericordia por el destino de Rusia

JUAN GOYTISOLO

EL PAÍS - Internacional - 07-07-1996

A fines de mayo, en vísperas del encuentro de Yeltsin y el presidente checheno Zelijmán Yandarbiév, el Ejército cortó todos los accesos a la villa de Shalí, situada a una treintena de kilómetros de Grozni: los mandos habían detectado la presencia en ella de una gran concentración de guerrilleros, resueltos a desbaratar la farsa electoral del jefe prorruso Doku Zavgáiev. La respuesta de los asediados consistió en poner sitio a su vez al cuartel de la policía y el mando militar del distrito, replicando al ocupante con sus mismas armas: cerco por cerco. La tensión se agravó aún el 30 de mayo, con el asesinato del comandante independentista enviado a parlamentar, desafuero que frustró las proyectadas conversaciones de paz en Daguestán, iniciadas días después en Ingusetia. El 2 de junio, el general *ultra* Shamánov, la mano derecha del recién "dimitido". ministro ruso de Defensa en Chechenia, exigió a los *ancianos* del distrito la entrega de los rebeldes so pena de prolongar el asedio y so meter a la ciudad a un ejemplar castigo. No hubo entrega ni punición, pero continuó el sitio. Shalí era una zona prohibida a forasteros y periodistas.

El jueves 6 de junio mi tentativa de llegar a ella fracasó. Después de sortear los innumerables controles de la carretera con ayuda de revistas, encendedores y paquetes de cigarrillos, nos estrellamos contra el último: un oficial controló mis credenciales y las de mi acompañante y nos conminó a volver para atrás.

El día siguiente repetimos el intento: el oficial de servicio había cambiado y, merced al salvoconducto eficaz de unas botellas de vodka, nos franqueó el paso: el baqueteado automóvil en el que viajábamos penetró señorial en ía tierra de nadie, una franja de dos o tres kilómetros en la que en apariencia la vida se desenvolvía con normalidad: tenderetes y puntos de venta de gasolina y refrescos se sucedían regularmente hasta Shalí. A la entrada de la ciudad, oímos el ruido sordo de unas explosiones, cruzamos sin trabas la barrera de control independentista y desembocamos en la explanada o plaza mayor en donde reinaba una agitación a primera vista incomprensible. Docenas de guerrilleros armados montan guardia en las esquinas y apostados en las ventanas y tejados de los edificios vecinos. Junto a la mezquita, un grupo de mujeres y ancianos esgrime, desafiante, una fotografía enmarcada de Dudáiev ornada con imágenes del

imam Shamil y de Kunta. Haxi. Resuena, a grito herido, el *allahu akbar* (*Dios es el más grande*). Estamos en el mismo lugar en que el 18 de enero de 1864, cuatro mil *murids* inermes, discípulos de Kunta Haxi, fueron víctimas del fuego graneado de los *guerreras azules* apostrofados por Lérmontov: una fechoría que ocasionó doscientos muertos y un millar de heridos.

Han transcurrido desde entonces casi ciento treinta años mas la situación es idéntica y los protagonistas los mismos. Pero, ¿que saben Shamánov, Tijomirov y demás *encomenderos* del Kremlin de las tristes "hazañas" de sus predecesores, reseñadas por Baddeley en *The Russian Conquest of Caucasus*?

No obstante el alto el fuego firmado once días antes, un helicóptero acaba de bombardear la jefatura de la Seguridad chechena. La cólera del gentío arremolinado en la plaza es la admirablemente descrita por Tolstoi. Al descubrir la llegada de un periodista -un testigo exterior-, mujeres y ancianos le rodean. Transcribo aquí el coro de sus voces, tal y como me las tradujo Volodia, mi acompañante e introductor.

"Zavgáiev pretendía venir acá, pero mejor que se largue a Rusia. ¡No queremos su Gobierno ilegal! Nos están matando desde hace dos años. ¿Por qué? Únicamente reclamamos nuestra República" (una mujer tocada con un pañuelo).

"Manifestamos pacíficamente y tiran sobre nosotros. Los rusos dicen que somos unos criminales. Mire usted: aquí no hay criminales ni bandidos, sólo gente que pide la libertad" (una anciana)..

"Los uzbekos, tayikos, karajstanos tienen su patria. Nosotros somos como ellos. No queremos ser siervos de los rusos. ¡Libertad e independencia!" (un señor mayor, tocado con un sombrero y armado de una escopeta).

"Los rusos impiden que venga, la prensa, para que el mundo no sepa lo que ocurre. Diga que preferimos morir de hambre y frío a soportar su esclavitud" (un viejo de aspecto campesino).

Suenan unas ráfagas de ametralladora y recibimos la orden de dispersarnos. Mi acompañante me conduce al pomposo edificio columnario de la Casa de Cultura, que ahora hormiguea de guerrilleros. Al poco, aparece Abú Movsáiev, jefe de Seguridad de la República Chechena de Ichkeria (así denominan los chechenos a su país), flanqueado de Aslanbel Ismaílov, cerebro y copartícipe de la arriesgada incursión de Shamil Basáiev en Budionnovsk, en el corazón de Rusia. Abú Movsáiev viste un traje de deporte con chaleco antibalas y lleva al hombro un fusil ametrallador. Entre su escolta, advierto la presencia de dos guerrilleras.

"Zavgáiev y los suyos querían reunir aquí un 'consejo de ministros, y se quedó con las ganas", explica. "Por eso los rusos emprenden acciones de represalia. Hace unos minutos bombardearon mi jefatura y respondimos al fuego".

"La comandancia y el cuartel de la policía están cercados por nuestros combatientes. No damos el asalto: queremos negociar para que levanten el cerco. Pero creo que preparan un ataque para vengarse".

Abú Movsáiev se excusa de lo apresurado de la conversación y, durante unos minutos, recorro los alrededores de la plaza anotando las pintadas que me traduce Volodia: "¡Viva Ichkeria!", "Muerte a los traidores", insultos a Yeltsin y los rusos.

De vuelta a Grozni por la carretera desierta -no dejan Circular ningún vehículo y sólo permiten el paso de mujeres, ancianos y niños-, cruzamos los controles del Ejército y nos detenemos en uno de ellos, en el que la habitual bandera roja aparece ornada con una llamativa imagen de Brézhnev. Volodia entra en el recinto protegido por sacos terreros y, gracias al, *salvoconducto* habitual, Somos acogidos por los soldados con los brazos abiertos.

Se trata de voluntarios, engañados por el discurso oficial de la defensa de la patria en peligro y, según el cual, quienes caen en el campo de honor, lo "hacen con la sonrisa en los labios" (Pável Grachov *dixit*). Su existencia diaria es misérrima. Me muestran una mesa protegida del sol por un sombrero: su ración de comida diaria se reduce, a una hogaza de pan y manteca, con una pizca de pimienta y sal. Hablamos de las próximas elecciones rusas: exceptuando a un partidario de Lébed, las simpatías de los demás se reparten entre Ziugánov y Zhirinovski. El vodka desata sus lenguas y expansividad afectiva: les gusta España y suenan en las Canarias. Uno alto y delgado, con un diente en menos, defiende a Zhirinovski y desea conocer mi opinión sobre él. Se la doy sin rebozo y menciono su "original" propuesta de un nuevo reparto de Polonia y su promesa de que los soldados rusos limpiarán sus botas en las playas del Índico".

"Por qué no?, responde. Polonia ha sido siempre un país repartido entre Alemania y nuestros zares. Sin los traidores de dentro, estaríamos ya en las costas de la India y el golfo Pérsico.

"Nuestros mandos de aquí no valen nada. Hemos sufrido por su culpa más de diez mil bajas. ¿Calcula usted cuántas habrá si la guerra dura diez años? Zhirinovski dice: por un ruso muerto, matad a cien chechenos; por cada emboscada, arrasad cien aldeas. Y, si no escarmientan, emplearemos el arma nuclear".

Saco a relucir la lección de Vietnam, pero no da su brazo a torcer. "Los americanos no tienen nuestro aguante. ¿Los imagina viviendo en las condiciones en que vivimos?". Nos despedimos, salimos del puesto, dejándoles entre nostálgicos y alumbrados, bajo la bandera con la faz resucitada de Brézhnev.

La mezcla explosiva de ultranacionalismo, sueños imperiales compensatorios de los reveses militares sufridos y odio a los chechenos a quienes "habría que aniquilar como a fieras", conforme a los entrevistados en el popular programa *Días por*

el diputado de la Duma Nevzórov- muestra los abismos de confusión en los que ha

caído un gran sector de la población e intelectualidad rusas, Solzhenitsin incluido, caldo de cultivo de mesianismos salvíficos, identificaciones de Stalin con Cristo y florecimiento de grupos nazis como el de Orden Ruso, cuya consigna, transmitida por su portavoz, Alexandr Barkashov, es "eliminar a los judíos y gitanos lo antes posible".

La baja moral del Ejército desplegado en Chechenia descubre las tensiones existentes entre los mandos partidarios del defenestrado ministro de Defensa Pável Grachov y los opuestos a él: la brecha abierta entre las fanfarronadas de un puñado de generales y (le voluntarios racistas y los soldados de reemplazo, testigos directos de la incompetencia, barbarie y corrupción sin límites de una guerra que viven como condena, en unas condiciones. de penuria dignas de compasión. Si los oficiales y suboficiales se contentan con vodka, como en la época de Nicolás I, el apetito de sus superiores, confortablemente instalados en Moscú, es mucho más voraz. "El periódico Izvestia, escribía la corresponsal de EL PAÍS Pilar Bonet el 26 de mayo, ha revelado la existencia de enormes desfalcos en la Dirección de Comercio del Ministerio de Defensa que, según la investigación fiscal, gastó miles de millones de rublos en la compra de bebidas alcohólicas". De acuerdo con la misma corresponsal, el responsable de finanzas del ministerio, Vasili Vorovev, fue cesado por "crasas irregularidades" mientras que el general Zherebtsov, artífice de la impopularísima leva y otros de su rango se habrían construido "lujosas dachas a costa del presupuesto de Defensa".

En estas condiciones, me resulta extraño que, como declaraba el "nuevo -por ahora- salvador de la patria", Alexandr Lébed, un 30% de los soldados se planteara abiertamente "si no era hora ya de que cambiaran la dirección de los cañones" y otro 30% pensara lo mismo, pero no lo dijo.

En la atmósfera deletérea de fin de reino y conspiración permanente en torno a Yeltsin, todo es posible: la mafia y los funcionarios corruptos están dispuestos a sacrificar el número necesario de vidas humanas con tal de preservar su fortuna y privilegios, ajenos al espectáculo de los reclutas que en las zonas montañosas y de alto riesgo de Chechenia mendigan a los vehículos una hogaza de pan.

El domingo 9 de junio, bajo una lluvia torrencial, nos dirigimos al sur. Mi propósito es alcanzar la zona fragosa de Vedenó y Bamut y entrevistar al jefe militar del sector, Shamil Basáiev. Pero las carreteras anegadas y pistas inutilizables por el fango nos vedarán, pese a la pericia del chófer, seguir más allá de Shatoi.

Pasados los primeros controles, con el correspondiente reparto de cigarrillos americanos, la carretera serpentea y desciende hacia el ancho e impetuoso caudal del río Argún. El panorama es espléndido: las montañas agrestes del Cáucaso adelantan sus contrafuertes boscosos velados a trechos por jirones de niebla. En abrupto contraste con la belleza del sitio, los soldados de los fortines y puestos de vigilancia que se suceden a lo largo del itinerario brindan un cuadro de increíble pobreza y desamparo: detienen a los escasos automóviles no para inspeccionar la documentación de los vecinos de las aldeas sino para pedir cigarrillos sueltos, pan, algo de comer. Preguntan a mi acompañante si se habla de desmovilización, se

interesan por la marcha de las conversaciones con Aslán Masjádov, jefe del Estado Mayor independentista, en Ingusetia. Nadie habla de victoria sino de paz. Cruzado el puente, avistamos los restos de la emboscada mortífera del 16 de abril: tanques y más tanques calcinados, piezas de artillería herrumbrosas esparcidas por la ladera, una pequeña cruz plantada por los soldados como una silenciosa pero elocuente protesta contra la inutilidad de su inmólación. La pista es una retahíla de controles, campamentos húmedos y destartalados, nidos de ametralladoras con jóvenes transidos de frío, vistas de reclutas desabastecidos y mal abrigados, que se calientan las manos en torno a mezquinas fogatas. De vez en cuando, debemos detenernos y ceder paso a una larga columna de carros de combate T90, servidos, cada uno de ellos, por una docena de tanquistas. La lluvia no cesa y en ella se esponjan los helechos y plantas rastreras de hojas como nenúfares que medran junto a la cuneta. Son los paisajes admirablemente descritos por Lérmontov y Tolstoi: pendientes arropadas de abetos, escarpas, brumas, una insólita torre de vigilancia, horadada de troneras, que sirvió probablemente de atalaya a los murids de Mansur y Shamil. Las muestras de la política de tierra quemada son también las mismas: casas incendiadas de Zonaj, edificios derruidos que rezuman tristeza y rencor.

Shatoi ofrece idéntica desolación: en su mercado central, construido por los zares, subsisten media docena de tenderetes en un fondo de ruinas. La plaza central, la alcaldía, todo ha sido pasto de las llamas. Una pintada en caracteres árabes clama con desespero: allahu akbar. Tres días de lluvia ininterrumpida, áreas anegadas, barrizales, ríos salidos de madre pasos cortados por derrubios me fuerzan a abandonar el proyecto. Regresamos a Grozni.

Mi indignación ante la devastación y atrocidades del ocupante se entreveran al fin de mi estancia con unos sentimientos de inquietud y conmiseración por el destino de Rusia. Los verdugos son a la postre víctimas de sus sueños y utopías deshechos, de su resignación ancestral a la arbitrariedad de sus déspotas y mesías.

Como escribía recientemente el director cinematográfico Andréi Konshalkovski, "la mentalidad ortodoxa configura una conciencia colectiva. La gente no se siente individualmente responsable de sus actos. Siempre encuentra algún otro que lo sea: Dios, el Gobierno, el Zar, Stalin, Bréznev. Nadie quiere admitir que algo es culpa suya". ¿Aceptarán algún día los rusos su abrumadora responsabilidad en el aplastamiento brutal de Chechenia?